



Rodolfo PUIGGRÓS

Violencia y actualidad

El correo nos trajo ayer de Argentina este artículo, con el cual nuestro dilecto amigo y compañero el doctor Rodolfo Puiggrós —notable escritor latinoamericano, ex rector de la Universidad de Buenos Aires—, inaugura una nueva etapa de su colaboración con *El Día*, diario en cuya fundación participó en el año de 1962, y en el que ha colaborado intensamente.

Bienvenido, muy cordial y fraternalmente. Bienvenido al periódico y a México, puesto que Puiggrós retornó ayer mismo a nuestro país, que es como su segunda patria.

La violencia —sus formas, sus matices, sus causas, sus protagonistas, sus responsables, sus consecuencias, el circuito cerrado que impide ver dónde empieza y dónde termina— es tema absorbente de nuestros días, que ocupa a gobernantes y gobernados, a filósofos y gente llana, a científicos y practicistas, a militares y civiles, a creyentes y ateos, a hombres y mujeres de diversas edades, condiciones sociales y latitudes. De esa preocupación podría inferirse que hubo otras épocas en las cuales se desconoció la violencia o no se le dio mayor importancia. El olvido no se justifica en una generación, como la nuestra, que vivió guerras y revoluciones de tal magnitud que el supuesto reinado de la razón naufragó, una y otra vez, ante la tempestad de los instintos.

No es de ahora esa preocupación. Es de todos los tiempos. Los griegos, nuestros maestros, no concebían a Apolo sin Dionisios, al logos sin el pathos, y el lúcido Heráclito (injustamente llamado "el Oscuro") inculpaba a Homero su amor por la paz y el no entender que la guerra genera todas las cosas. Podríamos multiplicar las referencias escalonadas a lo largo de los siglos. Recordemos solamente la polémica cada día más actual entre quienes consideran a la violencia la "partera de la historia" y los que predicán la paz y la armonía en una anhelada eternidad. A la pregunta de si la violencia —o la paz— crea o destruye no se le ha dado —¿se

cia hacia la unidad del conjunto.

También aquí se impone la relatividad histórica. En la Argentina, por ejemplo, predomina en un sector social —que se expresa en diarios (*La Prensa*, *La Nación*), en la cátedra, en partidos políticos— la idea de que la Constitución —individualista en lo económico, en lo político, en lo cultural— elaborada y sancionada a mediados del siglo XIX, tiene plena validez en la actualidad y si contribuyó al progreso en su época tiene que también contribuir a realizar los objetivos del país en el presente. "Defender las instituciones", es decir "defender las viejas instituciones" se ha convertido en prácticamente la consigna de todos los partidos políticos y de una intelectualidad positivista que ha perdido su tradicional hegemonía en las Universidades.

La comprobación de que un cuerpo de leyes —o una filosofía política— haya respondido en el pasado a las tendencias emancipadoras y progresistas de un determinado país, no implica que responda hoy a distintas urgencias de las fuerzas productivas y de las clases sociales que miran hacia el futuro. El peronismo descubrió que la Argentina no puede gobernarse con una legislación anacrónica. Por tal motivo reformó en 1949 la Constitución de 1853 e implantó leyes de contenido social que vulneraban el individualismo finisecular. Pero en 1956, con el derrocamiento del peronismo y el retorno al modelo de 1853, el

No es de ahora esa preocupación. Es de todos los tiempos. Los griegos, nuestros maestros, no concebían a Apolo sin Dionisios, al logos sin el pathos, y el lúcido Heráclito (injustamente llamado "el Oscuro") incriminaba a Homero su amor por la paz y el no entender que la guerra genera todas las cosas. Podríamos multiplicar las referencias escalonadas a lo largo de los siglos. Recordemos solamente la polémica cada día más actual entre quienes consideran a la violencia la "partera de la historia" y los que predicán la paz y la armonía en una anhelada eternidad. A la pregunta de si la violencia —o la paz— crea o destruye no se le ha dado —¿se le dará en el futuro?— respuesta definitiva. Las respuestas —en uno u otro sentido— son dictadas por nuestra ubicación social, nuestras preferencias o el tipo de violencia, pues no podemos poner el signo igual en una ecuación infinita que abarque las luchas de los pueblos por su soberanía, las bombas de los neonazis, el terror de los reaccionarios y la rebeldía de los de abajo.

Condernar la violencia en abstracto resulta tan pueril como aceptarla incondicionalmente. Los violentos de ayer suelen ser los pacifistas de hoy y viceversa. El cambio se debe a la desaparición del antagonismo que la determina, al superarlo y dar origen a otro antagonismo con una nueva relación de fuerzas. El rostro de la interminable violencia no es igual en todos los países y en todas las épocas. Ahora mismo, en la Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú y Chile —para hablar de naciones vecinas y con coincidencias históricas— la violencia asume distintas características y confundiría si la consideráramos como mera parte de la violencia mundial o semejante en las cinco. Sin embargo, hay un elemento común que se expresa en diferentes formas: las instituciones liberales heredadas del siglo pasado han dejado de corresponder a las necesidades de autodesarrollo e independencia integral de cada una de ellas, dentro de una marcada tenden-

en las Universidades.

La comprobación de que un cuerpo de leyes —o una filosofía política— haya respondido en el pasado a las tendencias emancipadoras y progresistas de un determinado país, no implica que responda hoy a distintas urgencias de las fuerzas productivas y de las clases sociales que miran hacia el futuro. El peronismo descubrió que la Argentina no puede gobernarse con una legislación anacrónica. Por tal motivo reformó en 1949 la Constitución de 1853 e implantó leyes de contenido social que vulneraban el individualismo finisecular. Pero en 1956, con el derrocamiento del peronismo y el retorno al modelo de 1853, el antagonismo entre la superestructura legal y la estructura socioeconómica volvió a imperar con una agudeza que no tenía antes. La violencia de abajo y de arriba fue su consecuencia. Aunque los rebeldes no tengan, en general, autoconciencia de las causas de su rebeldía, ésta obedece al desencuentro entre un Estado superado por la vida y una sociedad madura para cambios históricos que la acerquen al siglo XXI.

Las motivaciones son las mismas en las cinco naciones mencionadas, si bien sus expresiones políticas difieren. El salto del siglo pasado al próximo tropieza con resistencias a impulsos cuya fuerza se acrecienta por momentos. He aquí el origen de la violencia, la cual no puede reducirse a un episodio de represión y rebeldía. Tampoco al paso del coloniaje (económico, cultural) a una independencia que para ser auténtica debe errear una humanidad superior, cuyos integrantes, desalienados de divisiones clasistas, tengan libre acceso a los frutos de su trabajo y de su inteligencia. Los cambios históricos en gestación van más allá de lo socioeconómico. Reducirlos a la revolución científico-técnica equivale a quedarse a mitad del camino o, peor, a nada cambiar en la conciencia del hombre. Estamos en los umbrales de ese salto. Antes tenemos que arrojar fuera de la actualidad las muletas del siglo XIX.